

FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

EL SUMO CICERONE DEL FORO ROMANO

Para conocer algún lado, algún perfil de la figura de Giacomo Boni no es indispensable haber visitado Roma y, por ende, el Foro, con un ticket de la Agencia Coock. Basta haber leído la novela de Anatole France "Sobre la Piedra Blanca". Giacomo Boni es uno de los personajes del diálogo de Anatole France. Y el escenario o el motivo del diálogo es el Foro Romano. Boni pasará, acaso, a la posteridad sentado, filosófica y taciturnamente, sobre "La Piedra Blanca" de France. Lo cual inducirá a la posteridad a un error muy grave acerca del verdadero color de la gloria de Boni. Porque, realmente, la fama de Boni proviene, ante todo, del descubrimiento del Lapis Niger que es una piedra negra. El Lapis Niger, según la leyenda, señalaba el lugar donde había sido sepultado Rómulo. Y Boni, en sus búsquedas en el suelo del Foro, encontró una piedra negra que si no es auténticamente la lápida de Rómulo merece serlo. El hallazgo de esta piedra negra ha significado para Roma algo así como el hallazgo de su primera piedra. La posteridad, por consiguiente, acusará tal vez a Anatole France de haber pretendido escamotearle a la gloria de Boni el Lapis Niger.

Giacomo Boni sentía en el Foro toda la historia de Roma. Sus búsquedas y sus hallazgos demostraron que el Foro no debía ser considerado y admirado como una superficie cubierta de vestigios ilustres sino como varias superficies superpuestas. En un estrato, está la Roma de Augusto y de Trajano; en un estrato más profundo, está la Roma de Marco Curzio; en un estrato, más profundo aún, está la Roma de Rómulo y del Lapis Niger. El descubrimiento de la piedra negra fué en Boni la satisfacción de una necesidad espiritual perentoria. Sobre esta piedra querían reposar su inteligencia y su ánima.

Boni ha muerto en el Foro. Era este un derecho que no podía negársele. Había vivido en el Foro veintisiete años. Durante estos veintisiete años no había dejado el Foro ni aún para visitar su Venecia natal. El Foro

era su hogar, su oficina, su mundo. La mayor parte de las piedras del Foro han sido identificadas, clasificadas y catalogadas por este cicerone de cicerones. Se puede casi decir que Boni ha descubierto el Foro. El turista no podía concebir el Foro sin Boni. El Estado ha tenido que reconocer a sus restos el derecho a ser sepultados en el Pa-



El gran arqueólogo italiano Giacomo Boni, recientemente fallecido en Roma.

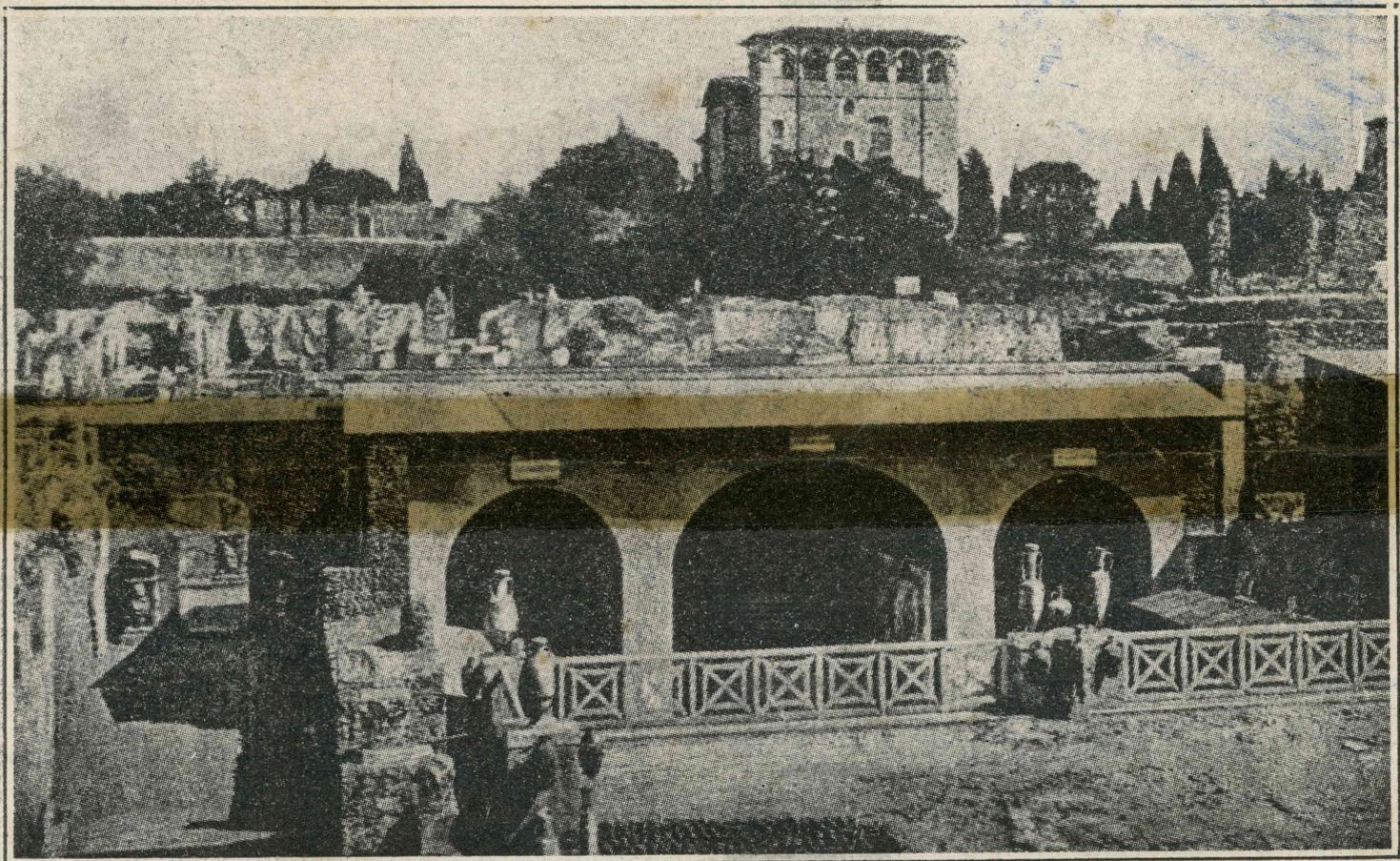
latino bajo un ciprés o un mirto plantado por sus propias manos. (Por orden y cuidado de Boni, en el Palatino y en el Foro se ha restaurado la clásica flora romana: jaureles, mirtos, rosas y cipreses.)

Procedía Boni de la escuela de Ruskin. En los libros de Ruskin aprendió Boni a amar y entender a las piedras. Su nacimiento y su ruskinismo lo designaban, sin duda, para restaurar y conservar Venecia. Pero

su destino lo trasplantó a Roma. Veintisiete años de vida arqueológica en el Foro y el Palatino, hicieron de Boni un romano. Pero no un romano moderno sino un romano antiguo. Boni se impregnó totalmente de antigüedad romana. No frecuentó nunca el "piccolo mondo moderno" de los hoteles de la Via Vittorio Veneto. No se abonó jamás a la Opera ni al drama. Ignoró absolutamente los restaurants rusos. Ha muerto probablemente sin conocer el cinematógrafo, las carreras de caballos, el sleeping-car, el cabaret y el jazz-band. Daba la impresión de ser el hombre más antiguo de la edad moderna.

se borró hasta su muerte la imagen del puente de Rialto ni la de la isla de San Jorge el Mayor. Se leía en sus ojos que no había nacido bajo el cielo del Latium.—Tenía un alma de gondolero o de mosaísta: un alma ni lacustre ni marítima, un alma un poco ambigua como las aguas palúdicas del Gran Canal.—Muerto Ruskin, Giacomo Boni lo sucedió en la apología y la defensa de Venecia. Yo recuerdo haberlo oído discurrir, una vez, en la Iglesia de Santa Francesca Romana, sobre su tema dilecto.

Papini y Giuliotti tratan muy mal a Giacomo Boni en su "Diccionario del Hombre Selvático" que aspira a ser una especie de

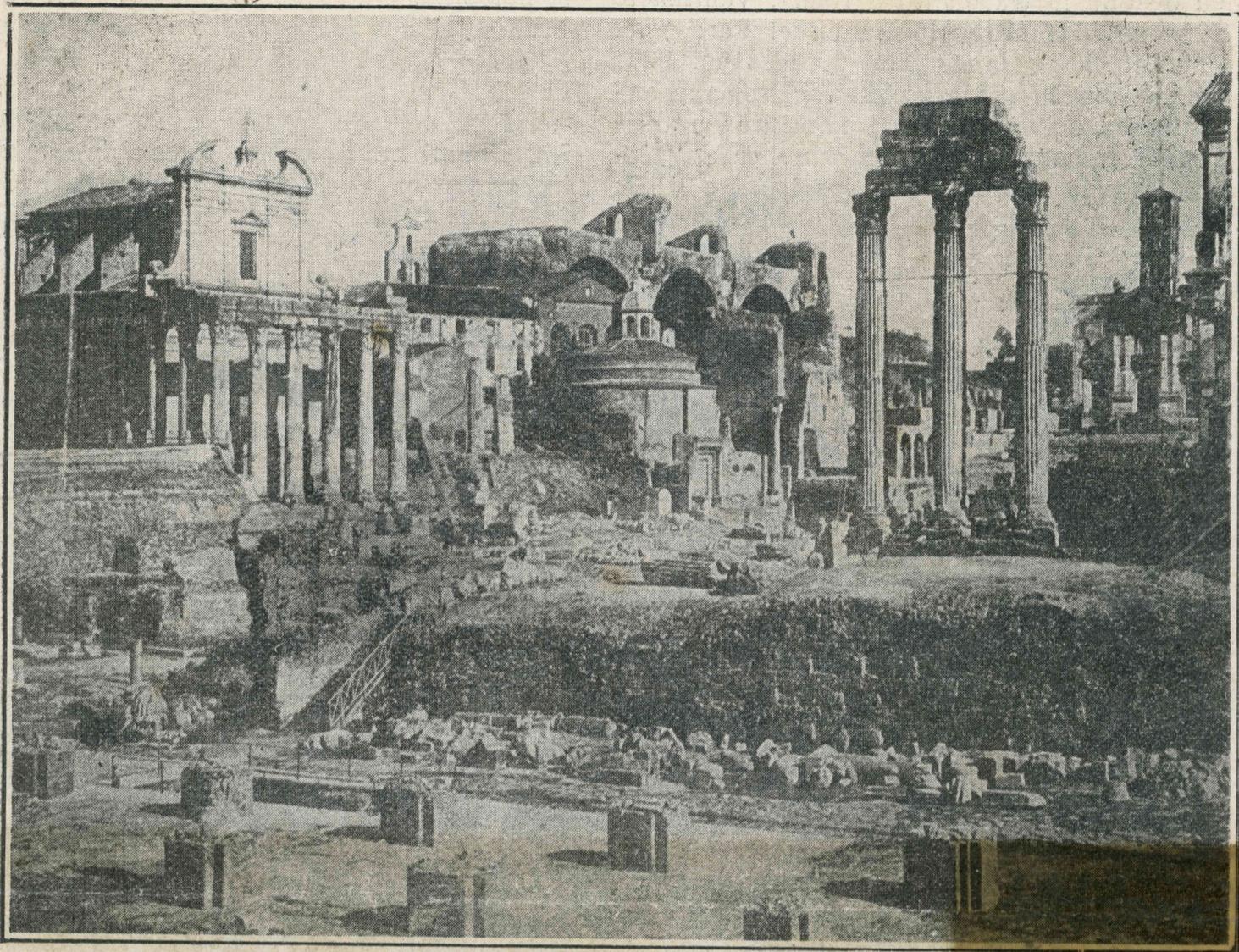


Palatino: Casa di Livia.—En el Palatino reposan los restos de Boni

El aspecto más interesante de su biografía es su metamorfosis no sólo espiritual sino también fisiológica. Boni no nació hombre antiguo: se metamorfoseó en hombre antiguo. Sustituyó gradualmente su personalidad nativa de veneciano con una personalidad completamente clásica y latina de senador o de arúspice de Roma. Todo en su vida estaba dirigido a la restauración del antiguo romano. Ugo Oietti cuenta que en un almuerzo ofrecido por Boni a Anatole France el menú era rigurosamente un menú del Imperio. France, desolado, se declaró iconoclasta y moderno en materia de cocina.

No obstante su consustanciación con Roma y sus ruinas, Giacomo Boni guardó siempre, en el fondo de su alma, la nostalgia de Venecia. En sus serenos ojos vénetos no

enciclopedia del nuevo cruzado cristiano. Lo catalogan o califican así: "Giacomo Boni (1860). Hombre que vive entre los escombros, de los cuales es "cicerone autorizado" para los grandes de la tierra y de la literatura. Necrófilo y violador de tumbas, sale del silencio sólo cuando le sube a la garganta algún bufido de retórica liviana o cesariana". Este juicio se explica. Papini y Giuliotti no pueden perdonarle a Giacomo Boni su paganismo, ni siquiera en gracia a que este paganismo, tácito y no confeso, estaba atenuado y hasta absuelto por la amistad de Papas y Cardenales. Si Boni hubiese permanecido toda su vida fiel a Venecia y a Ruskin, si en vez de convertirse en cicerone de las ruinas del paganismo se hubiese mantenido ruskiniano y prerrafae-



Vista del Foro Romano. Al fondo la torre de la iglesia de Santa Francesca Romana, lugar predilecto de Boni.



En los dominios de Boni.—El tabernáculo de Vesta en el Foro Romano.

lista, el "Diccionario del Hombre Selvático" lo habría juzgado diversamente.

Pero Boni, cualquiera que sea la opinión que su vida merezca a Papini, no era ciertamente un cicerone ni un arqueólogo vulgar. Le había tocado guiar por los caminos del Foro y del Palatino a los grandes de la tierra y de la literatura: reyes, multimillonarios, primeros ministros, premios Nobel, etc. Más, exceptuado el conocimiento de algún literato humanista o de un cardenal erudito y epicúreo, es probable que el trato fugaz de un monarca o de una princesa no le haya importado nunca nada a Giacomo Boni. A este hombre, instalado en el presente y en el ombligo de muchos siglos de historia universal, las figuras de nuestra época no podían interesarle de veras. Boni tenía que sentirse un amigo o un cliente de Julio César, de Marco Aurelio o de Appio Claudio. Bajo el Arco de Tito dialogaba, tal vez, de tarde en tarde, con el alma de Plutarco o de Cicerón, que es imposible que alguna vez no le hayan hecho compañía en su tramonto.

José Carlos MARIATEGUI